



XVII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

“Éste es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo”. “Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos”

Luis Fernando Crespo

No olviden leer los Textos bíblicos antes del comentario

Lecturas: 2Reyes 4,42-44; Efesios 4,1-6; Juan 6,1-15

Desde este domingo se interrumpe la lectura del evangelio de Marcos para leer durante cinco semanas el capítulo sexto del evangelio según san Juan. El capítulo se inicia con el relato de la comida abierta y compartida de Jesús con una multitud (“multiplicación de los panes”) (1-15), al que sigue una secuencia de palabras y enseñanzas de Jesús en torno al “pan de la vida”. Es un estilo frecuente en este evangelio: comenzar narrando un “signo” de Jesús, que da pie a un largo desarrollo temático. Las obras de Jesús narradas -algunas curaciones entre otras- son designadas como “signos”, -no “milagros”- apuntan a poner la atención en otra realidad, o en otra dimensión de la misma realidad. Con frecuencia se la denomina como “vida eterna”, lo que en los sinópticos se nombra como “Reino de Dios”. Los “signos” realizados van revelando simultáneamente la identidad última de Jesús; “el profeta”, “Hijo del Hombre”, “Hijo de Dios”, y la salvación o la “vida eterna”, que él ofrece.

La primera lectura que está tomada del ciclo de las acciones del gran profeta Eliseo -dar de comer pan a una multitud de “cien hombres”, resurrección de un muerto- ayuda a situar a Jesús como “el profeta escatológico” que trae la salvación a su pueblo. La comparación de los “veinte panes” para “cien personas” en el relato de Eliseo con los “cinco panes” para cinco mil hombres en el caso de Jesús subraya la supremacía incomparable de Jesús, “el profeta” definitivo de Dios.

Prestemos atención al relato de Juan. En el contexto, dos detalles: la multitud sigue a Jesús “porque veían los signos que realizaba con los enfermos”; un seguimiento inicial, interesado por los beneficios inmediatos, al que le falta aún mucho por descubrir. Algo parecido con lo que acontece después de la comida de los panes: “tomarle por la fuerza para hacerle rey”. El otro detalle es temporal: “estaba próxima la Pascua”. El

* Ciclo A

evangelio de Juan no contará en el relato de la última cena la institución de la eucaristía, sino el gesto del lavado de los pies a los discípulos. Esta comida con la multitud, en el contexto de esta Pascua, y el comentario sobre el “pan de vida” como “mi carne (entregada) por la vida del mundo” es ciertamente el signo anticipado de lo que realizaría en la cena de despedida con el pan y el vino.

Llama la atención que en este relato lo primero en lo que piensa Jesús al ver a la multitud que se aproxima, no es en ponerse a enseñar, como se dice en Marcos y Lucas, sino en cómo darles de comer. Una indicación de que Jesús era consciente de que la gente que le seguía era mayoritariamente pobre y necesitada. Que puedan comer es su primera preocupación. Se lo confía a Felipe y éste traduce la preocupación de Jesús a términos monetarios; “doscientos denarios”, pensando posiblemente que ellos mismos -los discípulos- tendrían que reunir esa cantidad. Otro, Andrés, menos calculador y más operativo, descubre que alguien de entre la gente, “un muchacho”, tiene algo –“cinco panes de cebada y dos peces”-; es poco, pero está dispuesto a compartirlo. El gesto generoso inspira a Jesús: “hagan que se recueste la gente”. Que coman “recostados”, como personas, no parados como esclavos y sirvientes. No se trata de dádivas humillantes, que puedan mancillar su dignidad, sino de compartir juntos, como iguales, el pan.

Para Jesús, compartir el pan como personas es algo sagrado: merece “dar gracias” a Dios, es el gran “signo” de la fraternidad, de la humanidad nueva, de que el Reino de Dios está llegando. Compartir lo que se tiene, aunque sea poco, hizo posible que comieran “todo lo que quisieron”, no sobras ni migajas. Marcos apunta: “Comieron todos y se saciaron” (Mc. 6,42). El compartir crea abundancia para todos, sin exclusión y aún sobra. El acumular egoísta produce escasez, pobreza y hambre para la mayoría.

La abundancia que generó la satisfacción de todos es signo del Reino y, si sobra, habrá que pensar en otros que no alcanzaron a participar. Por eso Jesús con buen criterio les manda: “recojan los trozos sobrantes para que nada se pierda”. La abundancia no justifica el derroche egoísta, ni ha de servir para el despilfarro inútil. Es la misma enseñanza de la parábola, en el evangelio de Lucas, del propietario aquel que tuvo una gran cosecha; sólo pensó en acumular y en su bienestar personal, ni siquiera se le ocurrió que haya otros que pasan necesidad con los que poder compartir algo de su abundancia (Lc.12,15-21). Jesús critica severamente la “codicia”, el afán de acumular más, expresión económica del egoísmo, lo contrario a la propuesta del compartir; no garantiza la vida del avaro y menos aún la de los pobres de la sociedad. Las encuestas y los estudios especializados confirman hoy esta experiencia histórica. La riqueza de los pocos multimillonarios no los salva de las consecuencias de la precariedad de la condición humana, ni amortigua la injusticia y el sufrimiento de la mayoría empobrecida de la humanidad.

La gente reacciona interpretando el “signo” con ambigüedad: “Éste es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo” pero lo traducen en “tomarle por la fuerza para hacerle rey”. Jesús, incomprendido y, posiblemente, decepcionado, “huyó de nuevo al monte él solo”. También nosotros: tendemos a ver en el relato más la acción

“milagrosa” de la “multiplicación de los panes” que la acción de compartir y comer juntos los panes, como “signo” del Reino de Dios y de la fraternidad que implica. El riesgo de convertir la religión, la misma fe en Jesús, en medio para soluciones milagrosas de nuestros problemas personales o sociales no ha terminado. Más bien la fe en Jesús debe inspirar nuestra generosidad, como la del muchacho de los cinco panes y los dos peces, para comprometernos en crear respuestas justas al gran problema de la pobreza y la desigualdad: el hambre en el mundo.

El relato, como indicaba al comienzo, da pie a un desarrollo temático de Jesús como el verdadero “pan de vida”, lo que nos hace pensar en la eucaristía, comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo. Celebrar la eucaristía es ciertamente un sacramento, signo del Reino, pero enraizado en la práctica cotidiana del compartir y de la solidaridad. Sin el compartir del muchacho de los “cinco panes” no habría habido “dar gracias” – “eucaristía”- de Jesús, ni la alegría de los que comieron “todo lo que quisieron”.

La lectura creyente del texto no es inocente. Es una propuesta de humanidad nueva y de economía basada en responder a las necesidades de las personas, a algo tan humanamente elemental como que todos coman. Pero, como todo lo que plantea Jesús, implica conversión del egoísmo, que es raíz de todo pecado y de toda injusticia. Creer en Jesús compromete a una práctica social y política, fundamentada en el amor y en vistas del bien común, como le recuerda bien Francisco en la encíclica “Fratelli Tutti” al hablar de la “caridad política”.

El texto de la carta a los Efesios muestra gran consonancia con lo anterior, Exhorta a la comunidad a que “vivan de una manera digna de la vocación a la que han sido llamados”. Esa vocación reclama promover y “conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz”. La “unidad” tiene un fundamento teológico: “Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos...”, y esa unidad ha de manifestarse en actitudes que hagan posible la vida en común. El texto dice “soportándose unos a otros por amor”, no sólo aguantándose con tolerancia, sino como sosteniéndose desde abajo, con amor y responsabilidad mutua, para que cada uno encuentre su plena realización. Se dice directamente sobre los miembros de la comunidad cristiana. Pero, leído el texto en el momento que vive la comunidad nacional, descubrimos una exhortación a no dejarnos ganar por conflictos y resentimientos, por privilegios y exclusiones; más bien a mirar hacia adelante, “con toda humildad”, sin que nadie se crea más que su conciudadano, trabajando por un “bien común” en el que nadie sea excluido y olvidado. La unidad es un don y llamado de Dios, pero es también una gran tarea nuestra -necesaria y urgente, no puede ser ya postergada- para todas y todos. Pidamos al Señor que seamos capaces de lograrla.